

## Ya era hora

Mario Córdova



Tres años sin ópera escenificada en el Teatro Municipal de Santiago fue demasiado. Por fortuna, “Manon” de Massenet, recién estrenada, vino a detener esa sequía lírica, sepultando, además, mucho comentario negativo sobre la inexplicable ausencia de cuatro décadas de tan importante título. Ojo: en lista de espera continúan otros igualmente importantes con “Andrea Chenier” de Giordano en la delantera (38 años ausente). Pero el vaso medio vacío se comenzó a llenar, y eso es lo valorable.

“Manon” es una ópera de gran calado, con cinco actos, mucho movimiento actoral y muy demandante en lo visual, conteniendo así los elemen-

tos para hacer de este regreso escénico un gran suceso, esperado hito bajo la directriz teatral de Emilio Sagi no logró ese ascenso, a lo cual se suma una patética falta de público en la sala.

Salvo el refinado vestuario firmado por Pablo Núñez, el resto se advierte poco dialogante con la acción y la ópera misma. La escenografía, conformada por cuatro mega escalas muy movedizas, proyecta una mudez mamotrética que no sugiere la multiplicidad de las cambiantes locaciones. La disposición de sólo dos partes (casi dos horas la primera) con un fuerte dominio del color verde se convierte en un gesto poco amable para con la

audiencia.

Otros gallos cantan, y un plano de muy superior calidad, en el servicio musical a cargo de dos elencos donde aplicar el juego de las siete diferencias se torna complejo.

La primera que tal vez aparezca se centre en la batuta, pues a un enfoque más íntimo y galante de Max Valdés se opone el de Pedro Pablo Prudencio, más punzante y externo.

Imposible negar el foco de atracción que ejerce Sabina Puértolas, una Manon perfecta en todas sus aristas, no obstante el notable desempeño de su colega chilena Anya Pinto, aquí en el mayor y mejor cometido que se le ha conocido en nuestro medio.

Galeano Salas y Andrés Presno (Des Grieux) son muy buenos nuevos tenores de oferta vocal diferente. El primero, afectado de una imperceptible alergia en el estreno, desplegó una riqueza de matices, que no estuvo en el segundo, de muy agradable y uniforme timbre lírico, capaz de ascender a comprometedoras alturas con un volumen que parece no tener límites.

Manuel Esteve y Ramiro Maturana (Lescaut) poseen una participación de peso y decisiva. Si el primero se luce como un barítono pleno, a Maturana debe darse otra mirada, que aquí lo muestra trayendo a Chile su ganada experiencia europea.